

La Llorona, la Malinche y la mujer chicana de hoy. Cuando ceda el llanto

CARMEN MELCHOR ÍÑIGUEZ

INSTITUTO DE ESTUDIOS AERONÁUTICOS
Y TURÍSTICOS JUAN JOSÉ HIDALGO
UNIVERSIDAD CAMILO JOSÉ CELA

Resumen: Las figuras míticas en la cultura azteca y México-americana siguen influyendo en el comportamiento social de la mujer chicana actual. En lugar de librarse de ellas, este colectivo ha sabido aprovecharlas tanto de manera creativa como en la vida cotidiana, y ha encontrado que la experiencia les proporciona un gran enriquecimiento personal.

Palabras clave: sexualidad, marginación, maternidad, literatura, cultura de frontera.

The *Llorona*, The *Malinche* and the Modern Chicana. When the Crying Stops

Abstract: The mythical figures of the Aztec and Mexican-American cultures continue to influence the social behaviour of modern-day Chicanas. Instead of letting them fade away, this group has learned to use them to their advantage, not only as creative inspiration but also in their daily lives, while they have also found that this experience gives them great personal growth.

Keywords: sexuality, marginalization, maternity, literature, frontier culture.

La Llorona, la Malinche y la mujer chicana de hoy. Cuando ceda el llanto

Carmen Melchor Íñiguez



1. De la Llorona a la mujer chicana

A mediados del siglo XVI hubo unos años en los que los vecinos de la ciudad de México despertaban a medianoche, cuando había luna llena, sobresaltados por unos prolongadísimos gemidos lanzados por una mujer a quien afligía, sin duda, un tremendo dolor físico o un tormento de un importante calibre. El llanto era tan tétrico, que parecía provenir del mundo de los muertos. Entonces, hacía su aparición una mujer de unos treinta años. González Obregón lo relata en *Las calles de México, leyendas y sucesidos*:

Vestía la mujer traje blanquísimo, y espeso velo cubría su rostro. Con lentos y callados pasos recorría muchas calles de la ciudad dormida, llegando cada noche a la Plaza Mayor, donde vuelto el velado rostro hacia el oriente, hincada de rodillas, daba el último angustioso y languidísimo lamento. Puesta en pie, continuaba con el paso lento y pausado hacia el mismo rumbo. Al llegar a orillas del salobre lago, que en ese tiempo penetraba dentro de algunos barrios, se desvanecía como una sombra. (1997:116).

La tradición de la Llorona tiene sus raíces en la mitología establecida entre los habitantes de parte del territorio mexicano actual. La diosa Cihuacoatl, la cual aparecía muchas veces como una dama que llevaba vestimentas palaciegas, habría sido una temprana representación de la Llorona.

Entre los muchos augurios con que se anunció la conquista de México por parte de los españoles, aparece uno que describe las voces de una mujer que se oían frecuentemente de noche. Angustiada y entre grandes sollozos, esta mujer se preguntaba

a dónde podía llevar a sus hijos para que no se perdieran. Esta historia enlazaría con la leyenda de la Llorona, pues ella misma, desesperada al saberse engañada por su marido, ahogó a sus propios hijos en el arroyo, para evitar que se murieran sin la atención y cuidados que ella ya no lograba darles, atormentada por sus propios problemas, desengaños y fantasmas. Esta mujer que no puede abarcarlo todo y tiene que terminar por abandonar a sus hijos sigue representando hasta cierto punto a la mujer actual agobiada por demasiados compromisos, que debe dejar sus pequeños al cuidado de personas extrañas.

Pero la conexión más profunda entre la Llorona y la mujer chicana de hoy en día es el hecho de que ambas han experimentado lo que es vivir y participar de dos culturas. Dos mundos con inevitables tensiones. La frontera separadora entre estos mundos no es una línea clara, sino un terreno de difusos linderos y de tensiones que dividen una y otra culturas. Habría que recordar aquí lo que mantenía Gloria Anzaldúa, escritora chicana por excelencia, acerca de la necesidad de cambiar lo destructivo de las sociedades para no ser aplastada por ellas. Ella consideraba que las sociedades tradicionalmente patriarcales en las que se da la homofobia más despiadada, la tiranía cultural y las religiones opresivas organizadas, siguen en la actualidad hiriendo y silenciando a la mujer, y representan un enemigo acérrimo de *lo femenino* entendido como un sector social idéntico al de *lo masculino*. La labor de retomar la figura de la Llorona se hace entonces fundamental. Los arquetipos que ella ha representado hasta ahora, que han contribuido a formar una imagen de la mujer chicana como figura pasiva, oprimida, estática y arrebatada de su *yo*, se transforman ahora para convertirse en otros definitorios de mujeres de gran resistencia. Mujeres que luchan incesantemente por conseguir representar una figura maternal, sí, pero poderosa, tanto desde un punto de vista histórico como literario y social. Como explica Diane Maldonado (2007), en una revisión que hace de la figura de la Llorona, a su misión de lucha por la igualdad económica y política, las chicanas añadieron la de la igualdad de género, retando simbolismos tópicos y estereotipados tales como el del espíritu de sacrificio y entrega exclusiva al marido y a los hijos como único objetivo de sus vidas. El catolicismo habría contribuido al esta-

blecimiento de la ideología sexista, al proporcionar una base religiosa que consideraba a las mujeres como seres inferiores. Definiéndolas exclusivamente según su papel de esposas devotas o buenas madres, la religión católica influyó en la sumisión de la mujer chicana al hombre. En este sentido, la Llorona es un arquetipo que surge en México durante la conquista española y que se convierte en una reconstrucción de la mujer protectora pero dependiente y sin voz y su contrapartida, la mujer independiente, abandonadora de sus *obligaciones*, traidora.

Ambas representaciones, *buena* y *mala*, de lo femenino, se han convertido en la actualidad en las dos caras de una misma moneda. Ya no existen mujeres que sigan el patrón de comportamiento *bueno* y otras que entren de lleno en lo *malo*. Ambas facetas pueden darse, y se dan la mayoría de las veces, en una misma mujer. Con ello, el maniqueísmo al que hasta ahora había estado sometida la cultura chicana comienza a desaparecer. Ya en 1987, Anzaldúa decía que había que romper la dualidad sujeto-objeto, que mantiene a la mestiza como prisionera y había que aprender, a través de la propia experiencia diaria, a trascender esta dualidad y aceptar que toda individualidad tiene ambas facetas en su mismo ser, lo cual no tiene que provocar su encasillamiento dentro de ciertos axiomas y mucho menos una marginación social. La concienciación de la frontera es símbolo de esta dualidad mestiza presente siempre en la doble cultura que actúa y brota y vuelve a emerger en toda mujer que vive una realidad de este tipo. La mujer chicana representa y personifica una realidad cambiante, cruzando esta frontera no solamente física, sino cultural, sociológica y emocionalmente.

En una sociedad donde la discriminación está todavía tan presente, la mujer chicana ha conseguido superar una serie de barreras que, lamentablemente, siguen alzadas para otras mujeres en el resto del mundo. De forma especial en el mundo chicano, el simple hecho de superarlas demuestra la enorme valía de estas mujeres, representantes de la concretización del sueño de toda mujer. Su vida es una amalgama de circunstancias y situaciones que se plasman tanto en su manera de hablar, con la doble utilización del español y del inglés, como en su faceta de mujer independiente, pero movida bajo múltiples influencias provenientes de escuelas diferentes. Al beber de varias fuentes,

la mujer chicana ha logrado convertirse en una de las principales protagonistas de la literatura chicana desde su posición de mujer de su tiempo y de su cultura.

2. ¿Integración o no integración?

Con todo, siglos después, las chicanas siguen padeciendo y llorando la falta de justicia presente aún hoy en día en su medio ambiente laboral y familiar. La múltiple marginación sufrida por este colectivo se despliega en tres planos diferentes: por un lado, nunca estarán totalmente integradas en la sociedad mexicana (aunque se trate de su país de origen, serán vistas como *norteamericanas*, *medio gringas*). Al mismo tiempo, su origen hispano las hará permanecer en un plano secundario y marginal en la sociedad norteamericana. Por último, la mujer como tal sigue sufriendo segregación por su sexo dentro de la sociedad chicana misma, todavía muy patriarcal.

La integración de la mujer chicana en la sociedad de su tiempo pasa por una cierta rebeldía. La aportación más importante que ella misma lleva a cabo es, precisamente, su mezcla de culturas y lenguas, o como lo denomina Katherine Sugg, su latinidad:

La latinidad, y la noción de producción cultural que la misma incorpora, incluyen las literaturas de protesta, de contestación, de revisión y por supuesto, de subversión. Su objetivo viene representado por un complejo de narrativas imbuidas de una cierta ideología, que han tenido un efecto concreto y material en la habilidad de ciertos grupos de individuos para participar en el gobierno, en la economía y en el mundo social de los Estados Unidos. (2004:233).

Estas son, de hecho, características esenciales en la literatura chicana escrita por mujeres tales como Sandra Cisneros, Gloria Anzaldúa, Julia Álvarez o Cristina García, que han entrado por mérito propio a formar parte no solamente de las mejores páginas de la novela y poesía chicanas, sino también de su estudio e investigación.

Los modelos estéticos y espirituales de la cultura chicana se convierten de esta forma en fuente de inspiración para una cultura tan contradictoria como es la de los Estados Unidos. Las

escritoras chicanas saben que el romper los preceptos nunca ha sido aceptado por los detentadores del poder de sociedad alguna. La tarea de derribarlos no ha sido nunca fácil para ningún grupo que lo haya intentado de verdad. Desde un punto de vista puramente social, todo aquello que se sale de la norma, todo lo que pone en peligro los privilegios que se ha adjudicado el hombre a través de la historia, causa miedo y desconcierto, y provoca consecuentemente el rechazo. Por tanto, la reivindicación por parte de la mujer del derecho a transformarse en un ser ambicioso no es aceptada por la sociedad patriarcal, ni dentro del ámbito íntimo de la casa, ni en el ámbito público de la comunidad social. El poder ha estado asociado al género masculino por tan largo tiempo, que cualquier intento femenino de romper esos esquemas es rebatido e impugnado. Consecuentemente, la mujer que persiste en esta actitud es víctima del desprestigio y la humillación.

Irónicamente se le adjudican, para denigrarla, atributos que el hombre considera propios de su género, de los que se vanagloria y sobre los cuales ha fundado su superioridad: impartidora de órdenes, líder, inteligente, decidida, llena de acción, pensadora cerebral y no sentimental, queriendo que le sirvan y sin querer servir. De acuerdo con la sociedad patriarcal, una mujer con estas características es una mujer que no está conforme con su condición femenina y quiere ser hombre. En consecuencia, hay que temer a ese tipo de mujeres porque son *cruelles* y no respetan el orden natural de las cosas.

En este nuevo tipo de mujer todo está admitido y todo puede suceder. La mujer chicana se ha liberado de sus ataduras, de tener que ser y comportarse como una buena esposa y una buena madre. Encuentra, por fin, que mediante su trabajo y sus relaciones personales, sexuales y sociales, libres en la medida de lo posible de todo estereotipo anteriormente prefijado, puede entrar a formar parte importante de una sociedad eminentemente multicultural. Utilizando para su propio beneficio personal la red de relaciones humanas que van más allá de una simple esperanza de formar una familia, esta nueva libertad le otorga un sentimiento de tremendo poder personal, de absoluto control sobre su vida y su capacidad de decidir. Pero su frialdad es solamente aparente. Tan adjudicada siempre a lo masculino, la misma se tiñe de una enorme pasión amorosa. La mujer chicana

ha estado esperando largo tiempo, pero ha conseguido que el entorno social que la rodea lo mire todo ahora a través de sus ojos. Si eso no es una muestra de su poder, ¿qué otra cosa puede serlo?

Entrando en el terreno puramente sexual, frente al modelo establecido de mujer, fijado por una sociedad occidental capitalista y eminentemente consumista, aquel otro de alguien que proviene de una cultura distinta, con otro color y de otras creencias, puede resultar mucho más atractivo para cualquier hombre en un momento determinado. Vega y Lugo, escritoras portorriqueñas establecidas en EEUU, lo expresan en su relato *Virgenes y Mártires* (1991). Se refleja en él que la chicana ya no necesita casarse para cumplir con un deber social. Si lo hace, puede ser por razones tan prosaicas como el evitar pagar demasiados impuestos:

Pensó con cierto amusement en lo que hubiese sido de ella si a Mother no se le ocurre la brilliant idea de emigrar. Se hubiera casado con algún drunken bastard de billar, de esos que nacen con la caneca incrustada en la mano y encierran a la fat ugly housewife en la casa con diez crying children entre los cellulitic muslos mientras ellos hacen pretty-body y le aplanan la calle a cualquier shameless prostitute. No, thanks. Cuando Suzie Bermúdez se casara -porque maybe se casaría para pagar menos income tax- sería con un straight All American, Republican, church-going, Wall-Street businessman, como su jefe, Mr Bumper, porque esos sí que son good husbands y tratan a sus mujeres como real ladies educadas según el manual de Amy Vanderbilt y todo. (465-66).

Aquí la protagonista, Suzi Bermúdez, nombre cuya ortografía se ha anglicanizado, rechaza el modelo de marido chicano para caer en otra trampa. La sociedad estadounidense cuenta con hombres que, a cambio de tratar a sus mujeres como *real ladies*, las van a exhibir en todas ocasiones como si se trataran de premios ganados en un concurso de belleza.

Una vez atravesadas todas las fases de la etapa post-feminista, se ha llegado aquí a la *fase de la mujer*, como la definió Showalter. Ésta sería la última o más inmediata etapa de un ciclo en el que las mujeres han venido rechazando las posturas acomodaticias de femineidad y han hecho uso de la literatura para, mediante la dramatización del tormento de una “madurez” impuesta, incomprendida y malentendida, se liberan de todas

las presiones sociales hasta ahora impuestas. Mediante la literatura, la chicana adquiere ahora una mayor fuerza. Utiliza sus relatos y su poesía como arma arrojadiza para denunciar una situación de supuestos logros teóricos que no pasan de ser eso y no llegan a hacerse reales o, si se han concretado en algún momento, se mantienen por poco tiempo y para un escaso número de mujeres.

Sin embargo, no se trata de incumplir todas las reglas, ni de trasgredirlas por capricho. La voluntad de trasgresión proviene del reconocimiento de quién es la mujer chicana, y de la inconformidad con ese ser que sigue presente en ella, producto de la herencia familiar, cultural y de su educación. Muchas veces se es lo que la sociedad, la familia, los otros quieren que se sea, y se vive conforme a los valores establecidos por otros, aunque no se esté de acuerdo con ellos, aunque sean valores que propaguen sentimientos de desigualdad. Muchas veces se pertenece a un lugar, a un grupo, a una comunidad por razones totalmente arbitrarias. Y son, precisamente, las reglas que dan lugar a ese razonamiento arbitrario las que hay que romper. Sin repetir las actitudes de prejuicio y de superioridad que siempre criticó en el hombre, la mujer chicana interviene de forma fundamental en la creación de una nueva sociedad en la que el ser humano valga por lo que es, y no por el sexo al que pertenece. Participando de su fuerza femenina a la hora de aportar valores sociales, culturales y económicos a la nueva comunidad chicana, tampoco quiere prescindir de sus raíces, ni alejarse de su esencia femenina, porque sabe que ahí radica, precisamente, su fuerza más absoluta.

3. De la Malinche a la mujer chicana

Cuando Cortés llegó en 1519 a las costas de Tabasco, la paz entre conquistadores y conquistados quedó definitivamente establecida tras una relativamente fácil victoria. Conocida también como Doña Marina, la Malinche fue una de las veinte mujeres que le concedieron los indios a Hernán Cortés, como gesto de reconocimiento de su sometimiento a los españoles. Esta mujer se convirtió así en la amante de Cortés y en fiel intérprete, intermediaria entre indios y conquistadores, a los que siempre

ayudó, cuidó cuando enfermaron y aconsejó siempre certeramente.

La princesa azteca había empezado ya a sufrir a raíz del segundo matrimonio de su madre. Cuando de esta nueva unión nació un varón, los padres decidieron vender a la niña como esclava a los mayas del sur de México, aunque haciendo ver en la aldea que la pequeña había muerto. De esta tribu pasó a los pocos años a otra tlaxcalteca, asentada en Tabasco. Con ello, Malinche llegó a hablar perfectamente en náhuatl, maya y más adelante, en castellano. Tenía catorce años cuando fue entregada a Hernán Cortés. Una vez acabada la conquista, y antes de volver a España, Cortés decidió casarla con uno de sus capitanes, porque él tenía esposa en España, no sin antes reconocer al hijo nacido de ambos, Martín Cortés.

Lo cierto es que la Malinche murió a los veinticuatro años, en el más oscuro ostracismo, abandonada de todos y completamente olvidada. Su maternidad parece haber sido, asimismo, motivo de repulsa entre los suyos, que la marginaron socialmente. Sin ningún reconocimiento real por parte de la sociedad española del momento, y con las críticas de su propia gente, la Malinche terminó su joven vida sumida en el más profundo desengaño y en la soledad más absoluta.

La maternidad temprana y sola de la Malinche tuvo que ser tan incomprendida y difícil como el nuevo tipo de maternidad que un gran sector de las escritoras chicanas ha escogido, el criar a un hijo solas, tanto por elección personal, como es el caso de las escritoras lesbianas, como porque se trate de un hecho circunstancial que se presenta en sus vidas y que han tenido que aceptar. Es importante citar a este respecto la obra *La espera en las alas: Retrato de una maternidad lesbiana* (1997), porque su autora, la escritora Cherríe Moraga, presenta una nueva visión de la mujer chicana como madre que lucha contra una sociedad de creencias firmemente asentadas en una inamovible visión conservadurista. Moraga recuerda y describe su experiencia personal de madre lesbiana en una mezcla de relaciones homosexuales, catolicismo mexicano y ritual indio, que refleja de forma única la red que se teje con los ingredientes del miedo y del amor, fundamentales y presentes siempre en cualquier madre, y de manera particular en la madre chicana.

El aspecto maternal de la mujer chicana, desde un punto de vista que ha sido hasta recientemente considerado trasgresor, prohibido y traicionero de los cánones de comportamiento convencional heterosexual, es casi una tarea imposible, como afirma la misma Moraga. Con todo, contiene una simbología muy actual: la mujer chicana está rompiendo con la idea de que ha traicionado a su pueblo. Mediante su aportación a una nueva sociedad multicultural de características tan múltiples y diversificadoras, diferentes de lo establecido y lo *normal* —si es que el concepto existe siquiera—, las chicanas se alejan así de la figura de la Malinche, pero le hacen al mismo tiempo un guiño histórico. Como hizo la Malinche en su momento, siguen actuando de forma individual, vital, siempre sujeta a la crítica y siempre escapando de la realidad establecida.

En la historia de México, la Malinche se convertirá en un símbolo para todo el pueblo indio, seducido primero y abandonado después. El término *malinchismo*, acuñado como descriptivo del tipo de comportamiento que recuerda al de la Malinche, define una entrega, demasiado incondicional a veces, a lo que viene de fuera, y la incapacidad que esta actitud conlleva para valorar las raíces y lo propio de cada uno. Desde esta perspectiva, se ha considerado a la Malinche como una traidora de su pueblo, una aspirante a ser algo que nunca conseguiría en plenitud, una española no-española, que dejó de ser indígena, sin dejar de serlo nunca. Se puede establecer un paralelo perfecto entre ella y la mujer chicana actual, siempre entre dos culturas, pero siempre sin pertenecer de lleno a ninguna de ellas, precisamente porque participa de las dos.

A pesar de todo, el papel de intermediaria y de mensajera de paz se reconoce como fundamentalmente importante en el desenlace menos cruento de los acontecimientos de la conquista española en México, por encima de la idea de la mujer vendida, vencida y auto-destruida, que ha renunciado a su esencia en busca de una mayor aceptación en el seno de otra escala social.

En una dualidad de prostituta/virgen violada, hasta muy recientemente la Malinche parecía responsable en parte de la caída del imperio azteca, y en parte víctima de la violencia de los conquistadores. Para historiadores como el checo Todorov, la Malinche fue alguien sin iniciativa, manipulada por los deseos

coloniales y patriarcales que la dejaron incapaz de hablar, sin opinión. Con todo, Todorov hace resaltar la importancia de la Malinche como conocedora, dominadora y hasta cierto punto manipuladora de varias lenguas. El proceso debió ser tremendamente complejo:

Sin la comunicación extraordinaria establecida con los indígenas gracias a ella, no se hubiera ganado el territorio. Ella representa una mezcla de las dos culturas. En parte fue uno de los primeros ejemplos de la importancia de tener un intérprete o traductor, y de la utilización del idioma como arma para manipular las conversaciones. (1985:166).

La figura de la Malinche ha sido importante por su conocimiento de más de una lengua, lo que la hacía inteligente frente a los demás indios. Los indígenas no se consideraban poseedores de la misma racionalidad que parecían tener los conquistadores españoles. La importancia que en su tiempo llegó a tener esta mujer, precursora de la cultura chicana no solamente en sus acciones rompedoras e innovadoras desde un punto de vista sociológico, sino en su utilización de más de una lengua, es de todo punto indiscutible. En esta categoría de mujer multilingüe, la Malinche se acerca de nuevo a la mujer chicana actual, que aunque a veces sea marginada socialmente como ella misma lo fue al final de su vida, ejerce de hablante bilingüe en las diferentes esferas en las que se desarrolla su vida.

Desde un punto de vista de lo legendario y mítico, Herrera-Sobek (2004) compara a la Malinche con la figura de Eva. Al vender a los españoles sus raíces, su pueblo y sus compatriotas a cambio de una vida más segura y acomodada, la Malinche se erige en reencarnación de Eva, que habría hecho lo mismo en el paraíso por conseguir los cuidados y la atención del hombre. Se añade así otra faceta más a este personaje: la de ser casi diabólico, que con sus tentaciones hará caer al hombre más tarde o más temprano. Habría que pensar en la tremenda presión bajo la cual debió actuar la Malinche, antes de juzgar si su actuación fue realmente tan perversa.

El simple hecho de que se le adjudiquen a esta mujer tantas personalidades (esclava, princesa, traidora, amante, madre) refleja por un lado lo poco que se conoce de ella como personaje histórico, y por otro, el rol múltiple, que sigue siendo característica fundamental de la mujer chicana. Se espera de ella que

sea un modelo ejemplar de mujer, pero no se le otorga la oportunidad sin la cual nunca podrá llegar a serlo. Las circunstancias la colocan frente a una serie de vicisitudes ante las cuales la única forma de salir triunfante es la actitud revolucionaria y rompedora de moldes sociales, culturales y religiosos.

Más recientemente ya, se han llevado a cabo varias y excelentes revisiones de la figura de la Malinche, de forma que queda situada dentro del clima político y social de la época, articulando sus limitadas opciones como esclava, y esclareciendo su comportamiento constructivo como mediadora entre los españoles y los indígenas, quienes se encontraron en un momento determinado al borde de la aniquilación. En el artículo *La Malinche, Harlot or Heroine?*, Lenchek dignifica la imagen de esta mujer patente y permanentemente, asegurando que salvó miles de vidas indias al permitir que Cortés negociara con ellos en lugar de aniquilarlos. Su capacidad de comunicación permitió a los españoles introducir el cristianismo y con ello reducir hasta casi su desaparición los casos frecuentes de canibalismo y de sacrificios humanos. Convertida ella misma al cristianismo, fue una elocuente abogada de su nueva fe.

Los mundos múltiples en los que la Malinche vivió, desde su mundo original de la más pura esencia azteca, hasta el mundo occidental de la España de la época que ella vivió debido a su convivencia íntima con Cortés, siguen presentes en el multimundo y en la multiculturalidad de la mujer chicana actual.

A ellos, la mujer chicana ha incorporado ahora el mundo angloparlante, otro mundo que, siendo relativamente nuevo, no deja de ser una capa más con la que recubrirse para conseguir una auténtica multiculturalidad. Quizá lo que la mujer chicana esté viviendo en la actualidad no sea sino la cerradura de un círculo que la ha llevado, a través de los siglos, de conocer un imperio a ser parte de otro, tan diferente en apariencia pero en el fondo similar al imperio español de hace más de cinco siglos, y tan cruel de muchas formas, como lo fuera en muchos aspectos el imperio azteca. La cultura se presenta para la mujer chicana como una serie de estratos, tanto horizontales como verticales, que han venido conformándola desde el pasado más remoto. Su identidad va quedando así perfilada, pero no deja de conformarse nunca. Es un proceso activo y de construcción constante y voluntaria. Ahora se sigue cubriendo, protegiendo,

alimentando de otras nuevas influencias. Capas e ideologías que la ayudan a luchar contra las ideas inmovilistas, y la hacen triunfar como ser humano independiente y único.

Las escritoras chicanas se han emancipado y se han alejado de los teóricos de la literatura, todos ellos de raza blanca, para proceder a la búsqueda de un discurso auténticamente crítico. A pesar de que la mujer chicana sigue en la actualidad muy influida por su medio ambiente familiar, social y religioso, al menos la escritora chicana lo sigue intentando, no solamente desde la literatura, sino desde lo prosaico, lo mundano, lo cotidiano. En el terreno de lo literario, y hasta un extremo que anteriormente hubiera parecido impensable, esta liberación se ha conseguido ya. Mediante la literatura, y mediante su aplicación a la vida diaria, esta emancipación es un hecho comprobado para la mayoría de ellas. Para otras autoras, y para la mayoría de las mujeres, es todavía una lucha en búsqueda de su propia esencia, de su propio discurso fuera del mundo literario.

4. La función sexual y la función maternal en la mujer chicana

La sexualidad femenina, muy presente entre las adolescentes chicanas, se expresa fuera del matrimonio, y no solamente como acto de procreación. Demasiados matrimonios infelices, demasiadas mujeres subyugadas, acalladas, marginadas por el mero hecho de haberse casado, como para caer en esa trampa. La maternidad se expresará de forma distinta a partir de ahora.

La sexualidad se desarrolla muy tempranamente entre las adolescentes chicanas. Existen grupos de jóvenes chicanos en Santa Mónica, California, que se agrupan en bandas que rayan lo ilegal. Todos ellos son adolescentes, pero ya hay una importante incidencia de jóvenes embarazadas o que han tenido su primer hijo. Estas madres adolescentes difieren esencialmente de las chicanas recién llegadas al país que llegan de México con la prioridad de seguir sus estudios y son, por lo general, estudiantes que no han tenido problemas en la escuela secundaria mexicana. Al llegar a Estados Unidos, a veces siguen su trayectoria estudiantil y llegan a la universidad. Otras, tienen que intentar combinar esta actividad con la de una maternidad que llega muchas veces como algo no deseado. Con todo, muchas de

ellas intentan ver el lado positivo de su realidad cotidiana. Para Rita, de 16 años, su maternidad temprana fue algo que le salvó la vida. Una noche, en lugar de salir con su amiga y dos amigos, tuvo que quedarse con su bebé, que tenía fiebre. La banda (*gang*) no estaba completa sin ella, pero aún así los otros tres decidieron salir y divertirse un rato. En el transcurso de esa misma noche, se vieron envueltos en una pelea callejera y resultaron asesinados a tiros por una banda rival. La reflexión de Rita no deja lugar a dudas. Para ella, su bebé ha supuesto una mejora en su vida: ella misma ha hecho su valoración personal, y expresa que se siente más responsable desde que tuvo a su bebé. A pesar de que la gente le dice que ha destrozado su vida, ella siempre afirma que su vida ha mejorado desde que nació su hijo.

El sistema educativo estadounidense en la zona de la frontera tiene en la actualidad una cierta previsión para la maternidad adolescente. Muchas escuelas secundarias e institutos han instalado guarderías en las que, además del personal a tiempo completo, las jóvenes madres, y en ocasiones los padres, se turnan para cuidar de los bebés, tomando el tiempo que tendrían de recreo para poder hacerlo. La vida de estas jóvenes ha cambiado para siempre, y su capacidad de elegir se ve muy disminuida con esta nueva obligación. A pesar de ello intentan, y muchas veces lo consiguen, combinar su vida en la banda, con su inesperada maternidad. El reto, propiamente afrontado, acaba por mejorar su vida. Esta experimentación y exploración no cesará hasta encontrar su auténtica identidad femenina. Son las mismas adolescentes las que cuestionan y refutan las normas sociales establecidas, y los diferentes valores de la sociedad angloparlante y de la sociedad mexicana inmigrante. Como sus madres hacen ya, estas futuras mujeres van a transmitir a sus hijas este espíritu de lucha al cuestionar incesantemente, día a día, su realidad. En el centro de esta nueva cultura cambiante pero de amor hacia su comunidad chicana, se encuentra la nueva identidad de la adolescente chicana, que no está dispuesta a seguir sacrificándose por nada que no sea su propia nueva cultura.

Las identidades híbridas deben de ser construidas desde los valores y tradiciones de ambas culturas, operando tanto en comunidades de ciudades y centros de un gran cúmulo de

población, como en los más pequeños pueblos y aldeas. Todo tiene que ser cuestionado una y otra vez para que la forma de educar a las niñas sea realmente valiente, y tenga eficacia en el mundo que les ha tocado vivir. Sin perder los valores que su cultura tiene, la mujer chicana debe persistir en la lucha por encontrar su identidad.

Además de la maternidad adolescente, existe ahora otro tipo de maternidad completamente prohibida hasta muy recientemente. Se trata de la maternidad lesbiana. La anteriormente citada Cherrie Moraga, escritora a quien esta nueva vida le llega después de una larga lucha, tuvo que ocultar su identidad lesbiana durante años. Su amor hacia su propia madre, junto a su afán literario, le ha ayudado a aunar la importancia de la figura de la mujer-lesbiana con aquella de la mujer-madre. El sufrimiento de Moraga, su tener que aparentar otra raza, otra sexualidad y otras convicciones se ha sustituido por fin por una sensación de libertad. Su lesbianismo le ha ayudado a aprenderlo todo acerca del silencio, de la opresión. Aún hoy en día, continúa siendo el recordatorio más táctil de que los seres humanos nos podemos llegar a sentir totalmente encadenados por las convenciones sociales.

La incidencia de mujeres lesbianas entre las mejores escritoras no es un fenómeno nuevo en ninguna actividad creativa o artística, y se ha venido sucediendo durante siglos en la cultura occidental, aunque el fenómeno se daba sobre todo entre los hombres. Ya en la Grecia clásica existía una mayoría de escritores, filósofos y pensadores que eran homosexuales y bisexuales, en parte debido a que las relaciones sexuales con mujeres, consideradas muy inferiores en inteligencia, eran, muchas veces y tristemente incluso entre las clases más altas, una mera perpetuación de la especie.

La importancia de la liberación sexual que la mujer chicana está experimentando, como elemento cambiante que forma parte de su cultura, es clave y conforma su nueva identidad.

En la película *Real Women Have Curves* (2003), Ana, la joven protagonista, decide dejar de ser virgen y es ella quien elige al hombre que va a hacer que esto suceda. Es un compañero de instituto blanco, no chicano, que se enamora de ella por quien ella es, y sin embargo tiene que dejarla marchar porque se da cuenta de que Ana es más libre que él, y está por encima

de unos sentimientos pasajeros de atracción y enamoramiento adolescente. Como representante de la nueva mujer chicana, Ana ha elegido desde el principio una sexualidad libre, sin ataduras ni compromisos sociales, religiosos o familiares. A pesar de la tremenda presión que curiosamente ejerce su madre, que todo lo que quiere es que su hija siga trabajando en su taller y algún día le dé nietos, Ana sabrá zafarse de esta tremenda influencia, y experimentar con su cuerpo de mujer, mujer que ha heredado tradiciones milenarias pero que sabe, al mismo tiempo, vivir la vida que le ha tocado vivir, en la sociedad que le presenta nuevos retos.

Curiosamente, y como reflejo interesante de la realidad que se vive actualmente en la sociedad chicana, las figuras masculinas de la película, como el padre y el abuelo, callarán mucho más que la madre a la hora de criticar la primera incursión de Ana en el terreno sexual. Se mantienen al margen, porque saben que su discurso no tendría ya ningún sentido, ni ayudaría a Ana en la construcción de su propia identidad. Hacen uso de este modo de una doble moralidad, callando cuando la mujer de que se trate es alguien de la familia, y criticándola despiadadamente cuando no lo sea. Efectivamente, gran parte de la sociedad chicana masculina sigue considerando las reivindicaciones respecto al lesbianismo, al derecho del control de la natalidad, y a cualquier otra demanda de *sus mujeres*, como un ataque frontal a la tradición de la comunidad, y sigue entrando de lleno en un malinchismo-machismo, mediante el cual acusa de traidora a la causa común de la mujer.

Pero si la mujer chicana no encuentra apoyo en el hombre, tampoco lo encuentra en el resto de las mujeres. Las relaciones de la mujer chicana con el colectivo feminista blanco no resultan fructíferas, ya que la comunidad angloparlante de mujeres en Estados Unidos no acepta que los principios de raza y clase social sean relevantes para la lucha de las chicanas, estimando que sólo aquellas demandas que estén directamente relacionadas con el género tienen cabida en su lucha. De este modo, las mujeres chicanas optan por organizarse dentro de su propio colectivo y mantener contacto con grupos de mujeres de otras minorías étnicas. Con ello consiguen un apoyo, pero se están limitando a ser un grupo marginal.

En un ensayo sobre aspectos sexuales del chicanismo, Ana Castillo hace referencia al problema de que la sexualidad en la esfera pública, como nuestras creencias políticas y religiosas, sigue siendo un tema inapropiado y grosero. Sin embargo, si no se menciona la importancia que la sexualidad tiene en la vida profesional y en la vida en general de hombres y mujeres, tanto en la cultura chicana como en cualquier otra, se estará acallando uno de los aspectos más influyentes en nuestra sociedad. La sexualidad se puede entonces equiparar a una energía personal y espiritual que necesitamos, como seres humanos, para desarrollarnos plena y felizmente. Este paralelismo entre la sexualidad y lo espiritual es importante para la cultura chicana, y más en concreto para la mujer chicana, por lo que tiene de liberador y de perdonador.

5. ¿Tendrá que seguir llorando la Llorona?

Todavía queda mucho del autoritarismo machista y de la sumisión femenina en el seno de la familia media chicana. Parte del problema es que la falta de autoridad produce una mayor sensación de inestabilidad y de vacío a veces. Esta sensación de *falta* supera en magnitud al miedo que puede producir la misma autoridad abusiva. Para sustituirla, se articula algo que puede llegar a ser quizá más opresor, como es el dogmatismo, tan característico a veces de las minorías étnicas, sexuales y religiosas.

Sin embargo, la vieja autoridad no puede nunca verse sustituida por otra nueva. Los nuevos alineamientos que se han hecho cruzando las fronteras, los nuevos tipos de naciones, el nuevo lenguaje, están ya apareciendo de una forma clara y contundente. Ellos son los que provocan y presentan un reto para lo que se ha considerado hasta ahora como una noción estática e invariable de identidad, que ha sido el cofre del pensamiento cultural durante todos los diferentes imperialismos que han ido dominando el mundo desde que existe.

La noción de identidad, de esta forma, es algo dinámico y cambiante, y provoca por eso un cierto conflicto. Es esta noción, más que el antiguo autoritarismo moralista, lo que va a definir la

nueva posición de la mujer chicana en la sociedad actual. A medida que toma puntos de vista cada vez más firmes en cuanto a su propio *yo*, su propia voz, y su propia identidad y esencia, se crea una cierta sensación de desasosiego, que se transmite inmediatamente a toda la comunidad.

¿Qué papel le corresponderá, por ejemplo, al hombre chicano en esta nueva sociedad donde la mujer está en constante búsqueda de su propia identidad? Aunque las cosas hayan cambiado mucho, el mando patriarcal en cualquier familia, tanto de clase trabajadora como de clase media y burguesa, se sigue haciendo notar.

Muchas veces son, tristemente, las propias mujeres las que presentan un comportamiento más tradicionalista y opresor ante las personas de su propio sexo. Aunque aparentemente la abuela es el centro de autoridad de la familia chicana, y una figura venerada y amada, la importancia que ésta otorga, tanto a su esposo como a todos sus hijos varones, es evidentemente preponderante sobre la que les concede a las mujeres de la familia. La abuela se esfuerza por educar a sus hijas y nietas de acuerdo con la tradición de una buena familia católica, donde el sometimiento al hombre es todavía muy patente. Como reacción, muchas escritoras chicanas reflejan la importancia de sus lazos con miembros femeninos de la familia: abuelas, tías, hermanas y amigas aparecen asiduamente como heroínas de las historias más variadas, y siempre son las personas que influyen, inspiran y aconsejan de forma inteligente, demostrando poseer una tremenda experiencia y una sabiduría de siglos de absorción de culturas, de adquiridas destrezas.

No hay soluciones simples a la hora de entender la cultura dominante y abogar, al mismo tiempo, por la identidad de una cultura híbrida. Además de la influencia masculina sobre la mujer chicana, otras influencias son, asimismo, innegables. En definitiva, estímulos que pueden animar a la mujer chicana a que encuentre su verdadera identidad.

En una cultura de frontera, las fronteras geográficas, al igual que las ideológicas y convencionales se desdibujan, sobre todo en el terreno de la literatura. Quedan entonces a la luz las fuerzas que se han descrito aquí: influencias según el sexo, el ejercicio del poder, o el imperio que haya que sufrir en el momento de escribir y desde el lugar en que se escriba.

Unido a ello, los mundos donde el español y el inglés expresan una hibridad son los que reflejan a la mujer chicana en su más lírica identidad, y también en su más esperanzadora identidad de mujer que está encontrando su lugar lenta, pero innegablemente. La mujer chicana está sometida a cambios constantes y es algo vivo que se va conformando y consolidando a medida que se van resolviendo los problemas cotidianos.

Para las escritoras chicanas, la posible falta de confianza en ellas mismas se puede compensar con la búsqueda de sentido en las experiencias de la vida diaria mediante el acto de escribir. De esta forma, las historias y los relatos se convierten en el lugar familiar y personal donde la verdadera cultura queda revelada. Al defender su propia cultura, con todo lo inmovilista que pueda ser, la historia de la mujer chicana tendrá que escribirse con nuevas imágenes y representaciones, quizá una nueva lengua, y nuevas historias y relatos que reflejen su auténtica realidad de luchadora y de vencedora. Aunque decidan ser malas, no ser sumisas, ni calladas, sino lloronas por siempre jamás, las chicanas habrán tomado la decisión correcta.

A la actitud patriarcal y claramente sexista que sigue muy presente en la cultura chicana, la mujer ha sabido responder mediante una explicitación de sus anhelos y necesidades que se reflejan en una literatura llena de vida y de innovación.

Todavía queda mucho camino por recorrer. Mientras tanto, las mujeres explotadas pueden, al menos, ironizar sobre lo difícil de su situación. Pueden intentar gozar de una sexualidad tan potente, tan vibrante, que hasta se ha comparado con una fuerza espiritual. Una sexualidad que las diferencia de la mujer blanca al estar llena de acción, que las convierte en constructoras de su propio futuro, en matriarcas en la casa y en diosas ante los hombres. Por su parte los hombres, callados y muchas veces apabullados, se intentan adaptar a esta nueva realidad. Hay que esperar que, de ahora en adelante, la realidad de la mujer chicana, que solamente tenía tres direcciones a tomar: la de la iglesia, convirtiéndose en monja; en las calles como prostituta, o en el hogar como madre, se diversifique y amplíe a la de mujer libre de expresarse dentro y fuera de la casa sin tabúes sexuales de ningún tipo, como ya lo es para expresarse verbal, religiosa y culturalmente. Las mujeres chicanas toman decisiones tanto dentro de casa como fuera. Su pertenencia a una cul-

tura azteca, india y mexicana, a las que ahora se une una pertenencia a la cultura angloamericana, pasando por su participación en la cultura heredada de los españoles, puede fácilmente hacer que estas mujeres se sientan vulnerables y perdidas. Como tantos otros habitantes de Estados Unidos provenientes de más de una cultura, de raíces mezcladas y características culturales amalgamadas en un mismo puchero, la mujer chicana sufre todas estas influencias. Es un hecho conocido la casi obsesión de muchos estadounidenses por llegar a establecer un árbol genealógico de su familia, para poder encontrarse, reconocerse como parte de una cultura, de un grupo, de un conjunto de otros ciudadanos que, como un hogar, les protegen y arropan al hacerles sentirse bienvenidos al mundo del trabajo, de lo social y de lo cultural.

La mujer, la escritora chicana, se ha hecho con un espacio que, lejos de encerrarla, la libera y la protege al mismo tiempo. Con todo, y a pesar de que para muchas escritoras la situación es diferente, para la mayoría de las mujeres chicanas, sobre todo si quieren escribir y tener su propio espacio para hacerlo, la situación sigue siendo extremadamente difícil y el camino a recorrer en esa búsqueda define la situación en la que se encuentra la mujer chicana.

La escritora chicana siente que existe, que es un ser completo independiente de un hombre, y que ese ser pertenece a algo (una comunidad, un país, una cultura) y no a alguien (el padre, el novio o el esposo). Esa sed de cambio, de pertenecer a otro lugar, pero no a cualquier lugar ni a cualquier grupo, está presente tanto en la narrativa como en la poesía y es una búsqueda comparable a aquella de una cultura y una comunidad a las que pertenecer. Quienes se debaten entre la cultura de la que provienen y aquella en la que viven son mujeres que experimentan el conflicto entre el sistema de valores de la sociedad tradicional y los valores de la sociedad norteamericana donde, con respecto a otras partes del mundo, la mujer ha logrado reivindicar muchos de sus derechos. El universo interior sigue muy presente en la mujer a la hora de hacerlo parte de su esencia. Volver a las raíces es volver a su destino. Si para la mayor parte de mujeres chicanas esto sigue siendo un sueño, para las escritoras chicanas, este sueño se suple en principio con el sentimiento de liberación que la propia actividad de la escritura les proporciona.

Bibliografía

- ANZALDÚA, Gloria. "Movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan" En *Creatividad Feminista*. 15-06-2004.
- ANZALDÚA, Gloria. *Borderlands / La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute Books, 1987.
- CASTILLO, Ana. *Massacre of the Dreamers: Essays on Xicanisma*. New York: Plume Nal, 1995.
- CISNEROS, Sandra. *La casa en Mango Street*. New York: Vintage español, 1994.
- DOYLE, Jacqueline. "Haunting the Borderlands: La Llorona in Sandra Cisneros's 'Woman Hollering Creek'". En *Women, America and Movement: Narratives of Relocation*. Columbia: University of Missouri. 1998, 62-67.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis. *Las calles de México, Leyendas y sucesidos*. México: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 1997.
- HERRERA-SOBEK, María. *The Mexican Corrido: A Feminist Analysis*. Bloomington: Indiana University Press, 2004.
- KRISTEVA, Julia. *Tales of Love*. New York: Columbia University Press, 1997.
- LENCHEK, Shep. "La Malinche: Harlot or Heroine?". En *El ojo del lago. Guadalajara-Lakeside Volume 14, No. 4*. Guadalajara: Pro Diversitas, 1997.
- MALDONADO, Diane. *Searching For Mother: Chicana Writers Revise and Renew Llorona and Guadalupe*. Pittsburgh: Duquesne University, 2007.
- MORAGA, Cherríe. *Waiting in the Wings: Portrait of a Queer Motherhood*. Ithaca, New York: Firebrand Books, 1997.
- SHOWALTER, Elaine. *The New Feminist Criticism: Essays on Women, Literature and Theory*. New York: Pantheon, 1985.
- SUGG, Katherine. "Literatures of the Americas, Latinidad, and the Re-formation of Multi-Ethnic Literatures". En *The Journal of the Society for the Study of the Multi-Ethnic Literature of the United States*. Los Angeles: MELUS, 2004.
- TODOROV, Tzvetan. *The Conquest of America: The Conquest of the Other*, New York: Harper and Row, 1985. 161-192.
- VEGA, Ana Lydia y FILIPPI, Carmen. "Vírgenes y Mártires". En *Revista Interamericana II (3)*. San Germán: Inter. American University of Puerto Rico. 1991. 465-475.